



Enric Sopena
Periodista.

Todos juntos en unión

La Iglesia tiene, sin duda, el derecho y, desde su respetable perspectiva, la obligación de oponerse a la legalización más plena del aborto. No debería hacerlo, sin embargo, con argumentaciones falaces

El obispo de Mondoñedo-Ferrol, **José Gea**, hizo pública el 8 de julio una pastoral sobre la ampliación de la ley reguladora del aborto. **Gea** dirigía al presidente del Gobierno la siguiente interpelación: **"¿No le parece que un obispo debe desaconsejar el voto a un partido que promueve el mayor genocidio de la historia?"** Tal mañana acusación contra el PSOE, a cuyo lado **Herodes** o **Hitler**, por citar sólo dos casos de entre la abyecta legión de exterminadores, habrían sido meros aprendices; semejante requisitoria de monseñor **Gea**, famoso por el uso ultramontano que acostumbra a hacer del púlpito, no ha sido única. El primero en practicar la cristiana virtud de la calumnia fue **Antonio Cañizares**, obispo de Ávila, para el cual la prevista despenalización constituye una prueba de la voluntad tiránica del socialismo, según escribiera este seráfico pastor de almas el día 5 del mes pasado. **Rosendo Álvarez Gastón**, colega de ambos, redactó asimismo una tremenda soflama, difundida el 23 de julio. **Álvarez Gastón**, prelado de la diócesis de Almería, sentenció también a propósito del aborto: **"Quieren destruirlo todo, para no encontrar resistencia a sus proyectos absolutistas. Ya saben las personas decentes a quiénes no pueden apoyar políticamente (...). Están creando una cultura de la muerte, (porque) no les parece suficiente la corrupción"**.

La *cultura de la muerte* fue precisamente cómo el órgano oficial del Vaticano, *L'Osservatore Romano*, tituló el día de San Fermin un artículo contra los proyectos del Gobierno español relativos al aborto. El comentario lo firmaba **Gino Concetti** y su tesis última consiste en asimilar tales proyectos a **"una ideología totalitaria"**. ¡Cuánta desmemoria, o cuánto cinismo, respecto al papel de la Iglesia a raíz del gran estallido de la *cultura de la muerte*, registrado en nuestro país durante la Guerra Civil, cuando los jefes católicos, salvo honorabilísimas excepciones, bendecían la sublevación militar, respaldaban al Ejército faccioso y, desde luego, se apresuraban a la connivencia con el nuevo régimen, aprovechándose de regalías y prebendas varias! Mientras, asistían benevolentes a escenas tan repugnantes como la vivida en Salamanca el 12 de

octubre de 1936, con el fanático general **Millán Astray** glorificando a la muerte y ultrajando a don **Miguel de Unamuno**, quien postergado y humillado moriría apenas tres meses después. ¿Qué concepto de la *cultura de la muerte* tendría el dominico apellidado **Fraile**? Sobre éste recayó el honor de pronunciar el sermón en la catedral salmantina con motivo del *Día de la Raza*, como era denominada entonces la fecha del 12 de octubre, y cubrió de todos los elogios posibles al general **Franco**, porque había iniciado la recuperación del **"espíritu de una España unida, grande e imperial"**.

La Iglesia tiene, sin duda, el derecho y, desde su respetable perspectiva, la obligación de oponerse a la legalización más plena del aborto. No debería hacerlo, sin embargo, utilizando argumentaciones falaces o transformando el debate en un proceso de intenciones perversas, adjudicadas a cuantos no coinciden con sus planteamientos. Cometer la villanía de atribuir

al Gobierno, al partido que lo sustenta y, por lógica, aunque implícita extensión, a los millones de simpatizantes y de votantes sórdidas pretensiones totalitarias, ruines afanes destructores o criminales estrategias genocidas, únicamente demuestra que estos sectores de la jerarquía católica continúan anclados en la aciaga tradición del Tribunal del Santo Oficio, especializado en satanizar al disidente o al adversario. Recuerda la actitud más profunda de aquel clero que actuaba, siempre y por lo general, como piadosa coartada de los poderosos de este mundo, mucho más cerca de los fariseos y de los escribas que, por cierto, de **Jesús** el Nazareno.

La postura reseñada es tanto más grave, o significativa a los efectos de la teoría de la confabulación, cuanto que arroja a la opinión pública ideas reiteradas desde otros frentes empeñados, más que en sustituir, en aniquilar a **González**, **Antonio García-Trevijano**, uno de los ideólogos de esa especie de conspiración o, al menos, de inequívoca conjunción de intereses, denunciaba el 31 de julio en *El Mundo* que estamos sometidos a una tiranía. **"Delenda est Tyrannis"**, clamaba **Trevijano**, no atreviéndose a llegar tan lejos como **Ortega** cuando publicó en *El Sol*, poco antes del 12 de abril de 1931, su célebre artículo **"Delenda est Monarquía"**, a pesar de que este combativo y sinuoso notario se sienta llamado a presidir la tercera república, presidencialista, alérgica a los partidos y con un inconfundible sabor berlusconiano. En su llamamiento a destruir al tirano, se interrogaba **Trevijano**: **"¿Dónde suena en España (...) el emancipador grito popular de libertad que espante al tirano?"**

Resuena gracias a las gargantas de cuantos *cantan* ante **Garzón** y de los que propagan tales cánticos otorgándoles infalibilidad casi total; gracias a las maniobras combinadas, cada vez más perceptibles, de multimillonarios como **Conde**, **De la Rosa** o **Ruiz-Mateos**, con sus sicarios habituales, cual **Amedo** o **Perote**, entre otros. También resuena, como música celestial, entre aroma de incienso y susurros de sacristía y confesionario, merced a ciertos obispos. Cuento, pues, el señor **Trevijano**, también con la Iglesia. Todos juntos en unión, contra el tirano.

